

— ¿A ambos lados de la Palk-Bay ?

— Sí, señor, á ambos lados.

El conde reflexionó un momento.

— En ese caso debe usted conocer esto, — dijo enseñando, sacando del chaleco un objeto largo y delgado que presentó al doctor.

— En efecto : es un « cristal dogger. »

Del círculo de damas se levantó como un zumbido de colmena.

— ¿ Qué es ello ? ¿ Qué es ello ? — preguntaban todas á la vez.

La baronesa gorda tuvo una idea feliz.

— ¡ Que corra, que corra ! Eso es muy interesante, ¿ sabe usted ?

Su proposición tuvo un éxito.

— Como ven ustedes, — dijo el conde de Corpo-Santo contestando á la demanda general, — se trata de un simple cuchillo ó estilete de cristal. Esta es el arma defensiva de la mayor parte de los pescadores de perlas que están reunidos en asociación, con el dictado de gentileshombres del estilete.

Aquí donde la ven ustedes tan sencilla al parecer, es un arma terrible.

¿ Ven ustedes esa vena azulada que atraviesa la hoja transparente en toda su longitud ? Pues bien, esa vena está formada por el depósito de una composición venenosa ; y como la punta del cuchillo tiene una abertura capilar, imperceptible, la más ligera picadura que se hace con él resulta mortal de necesidad.

Asustadas las aristocráticas damas apresuráronse á renunciar á la inspección del estilete de cristal, que el doctor tomó á su vez de encima de la chimenea.

— Es el estilete de un jefe, — dijo después de examinarlo detenidamente.

— El del jefe, — rectificó el conde ; — y ahora va usted á saber en virtud de qué serie de circunstancias se encuentra esta arma en mi poder.

Aun tuvo tiempo el doctor de murmurar :

— ¡ El jefe se servía además de otra arma !

Pero estas últimas palabras, al parecer enigmáticas, sólo fueron oídas por el marqués de Kerbiroet.

II

OUT COMPETENCIA

Un estremecimiento de curiosidad sacudió á las señoras. Bebió el conde de Corpo-Santo un buche de grog, y dijo de este modo :

— Tenía yo veinticinco años y acababa de dilapidar por completo el patrimonio de mi padre cuando me hablaron por la vez primera de la Pearls-Shea.

— Me permito recordar á usted, amigo mío, — dijo con su habitual desenfado la baronesa, que nosotras, las señoras, no hablamos el indic. ¿ Qué significa esa palabra, sabe usted ?

— Mar de las perlas.

La interrupción de la señora gorda hizo reír á más de cuatro, y Amy de Kerbiroet que no acostumbraba sin embargo á burlarse de nadie, hubo de inclinarse hacia Yvona para decirle al oído :

— Esa buena señora haría carrera en el teatro.

También la vizcondesa tuvo una palabrita mortificante para la interruptora, quien no la oyó, como sucede siempre en tales casos.

— En ese país, no darían por mi collar mucho que digamos... — emitió una señora en cuyo cuello resplandecía rico collar de hermosas perlas.

Hubo unas cuantas risas discretas.

Calmada la hilaridad, el conde siguió diciendo:

— Cuando oí hablar del mar de las perlas por la primera vez, gastaba yo alegremente mi último maravedí, en Avenias, mi país natal.

Fuime pues en busca de mi amigo Francisco de Erute y le pedí unos cuantos miles de escudos para subvenir á los gastos de viaje.

Quiso el hombre acompañarme, y enganchó también al conde Clemente de Hanster, primo suyo.

Diré á ustedes, acá para inter nos, señoras, que esos dos compañeros no me fueron que digamos de gran utilidad.

Mis ideas de gran señor impulsábanme á visitar en clase de aficionado ese mar de las perlas precisamente en el momento en que me encontraba pobre como Job.

Por el contrario, mis dos acompañantes llevaban la bolsa bien repleta.

Ya saben ustedes que la fortuna ayuda á los audaces; puedo dar fe de ello.

Como que estaba destinado á volver rico gracias á una empresa en la que no expuse ni siquiera un céntimo, mientras que mis amigos, arruinados por administradores poco honrados, debían arrepentirse más tarde de haber emprendido tan insensato viaje.

Ni el conde de Erute ni el de Hanster quisieron regresar pobres á México, y ahí los tienen ustedes hoy en el Perret, cerca de las fortificaciones, ocupando una modesta casita, único recuerdo que han querido aceptar de mi gratitud.

Los tres nos embarcamos en Nueva-York en un vagón de la *Maritime and terrestrial company d'Amstrong brothers*, y el mismo día, y á la misma hora, un tren de la compañía rival — *Maritime and terrestrial company d'Amstrong-Sons* salía de la misma estación que nosotros y comenzaba su viaje sobre los rieles vecinos con idéntica dirección que el nuestro.

Van ustedes á ver cómo las aventuras que el doctor A... dice no haber conocido me buscaban á mí en cambio, y cómo habiendo salido de Nueva-York tres amigos juntos, llegamos separadamente á la India, cada uno por su lado.

Conviene decir antes que en nuestro hermoso país de América tenemos la especialidad de las venganzas rápidas, de las luchas enconadas, de las rivalidades á muerte que causan aún y causarán por largo tiempo la estupefacción de los europeos.

Los Estados del Norte, particularmente, son aquellos en que más se observa lo que digo.

Poco antes de nuestra salida de Nueva-York no había en esta capital más que una sola casa de transportes que hiciese el servicio de los mares de la China atravesando el continente, y esta era la *Armstrong brothers and sons Company*, muy floreciente por cierto, y que gozaba de la consideración del público.

Pero á consecuencia de una discusión insignificante, ¡qué sé yo! por un quitame allá esas pajas, la compañía se dividió en dos, y cada una de las partes hubo de jurarse de triunfar « out » de la parte adversa.

« Out » que se pronuncia « Aut » es una palabra sencilla, insignificante si se la considera aisladamente; pero puesta detrás de ciertos verbos adquiere una significación verdaderamente salvaje.

En estos casos significa « á muerte ».

Citaré á ustedes algunos ejemplos. Un individuo poco escrupuloso que para obtener por fuerza lo que pretende de una señorita encierra á esta durante algunos meses, comprende « out » la galantería honrada. El médico que prescribe dieta perpetua á una cliente demasiado gorda, comprende « out » el tratamiento de la obesidad. Una muchacha práctica que harta de miseria se casa con un viejo rico y lo ahoga la noche misma de su boda comprende « out » la felicidad del matrimonio. Por último, un arma envenenada es un juguete « out ».

Oyendo hacer al conde su fantástica enumeración, las amigas de la vizcondesa, y aun ésta misma reían como locas, encontrando sin duda el relato muy divertido.

Corpo-Santo prosiguió inalterable:

— En Francia han tenido ustedes la lucha homérica entre Armañacs y Borgoñones, como Italia vió nacer y ahogarse en sangre los odios implacables de Capuletos y Montescos...

Bueno, pues esas eran rivalidades out.

Digo todo esto para que comprendan ustedes mejor lo crítico de la situación en que nos colocamos sin saberlo. ¡Cómo habíamos nosotros de figurarnos que las dos compañías Armstrong hermanos y Armstrong hijos se hacían entonces una *out* competencia!

Así era en efecto; habíanse repartido lealmente todo el material de la asociación primitiva, y navegaban de conserva, procurando quitarse mutuamente la clientela.

Las bagatelas ordinarias en casos tales de competencia, como viajes ofrecidos gratis, con mesa, licores y cigarros para los hombres, perfumes y flores para las señoras, no son más que *outs* tímidos, la infancia del arte, como si dijéramos, en comparación con lo que las dos administraciones Armstrong pusieron por obra, aconsejadas sin duda por algún genio destructor.

Porque hay que saber que ellas echaron mano de los grandes medios.

Oígan ustedes esto. Un tren de la compañía Armstrong hijos se despeñó por un precipicio, desde una altura de cincuenta metros, y la casa Armstrong hermanos fué acusada de haber minado el puente que dominaba ese barranco. Algo después se hundió en alta mar un buque de la casa Armstrong hermanos y este accidente fué llevado al activo de la compañía Armstrong hijos á la que se acusó de haber abierto una vía de agua en el costado del buque naufrago.

Deplorables son, si se quiere, estos ligeros incidentes: pero admitidos, y aun perdonados, cuando se trata de una competencia « á muerte ».

Entre los viajeros del tren aplastado y los pasajeros del buque perdido no hubo que lamentar más que cuatrocientas ó quinientas *desapariciones*.

Todo lo demás, vagones, locomotora, buque, etc., estaba asegurado.

Interrumpióse un punto el conde en su relato.

— El doctor A... debe conocer estas cosas; — dijo.

— Sin duda ha viajado por los Estados Unidos...

— ¡Nunca! — contestó en voz baja el interrogado.

— Pues es una lástima. Son tan inverosímiles estas cosas, que no me hubiera disgustado la presencia en este salón de alguien que pudiese corroborar la veracidad de mi relato.

Continúo. Todo marchó bien al salir de Nueva York; pero poco á poco fueron calentándose los dos trenes, que marchaban de conserva é iban adquiriendo velocidad superior á la normal, aunque nada podía hacernos creer aún en la posibilidad de un desenlace trágico. Era ó nos parecía, por lo menos, una carrera de trenes, una lucha de la que nos prometíamos un provecho: el de abreviar el tiempo de nuestro viaje.

Mis dos amigos y yo viajábamos por primera vez por aquella línea. Ocupábamos los tres un compartimiento en el que sólo se encontraba otro viajero, gentleman al parecer muy correcto, quien apoyado en la pared, del lado de la vía descendente, contemplaba al tren rival á través de los cristales, concentrando al parecer toda su atención en el marco de una de las ventanillas, el cual tomaba sin duda como punto de mira para comparar las velocidades respectivas de los dos trenes.

Una cosa llamó entonces nuestra atención: el voluminoso bagaje de nuestro compañero.

Los trenes seguían avanzando con velocidad vertiginosa. Hubiérase dicho que maquinistas y fogoneros habían hecho alguna monstruosa apuesta, porque las dos locomotoras, jadeantes, devoraban los kilómetros vertiendo sobre los vagones un torrente de carbonilla en ignición. El traqueteo era horroroso, y las piedras del balasto, proyectadas con fuerza en el aire, caían sobre el techo de los vagones con infernal estrépito de gigantesca granizada.

Volvióse de pronto hacia nosotros el correcto gentleman y nos preguntó:

— ¿Se han asegurado estos señores?

Yo lo miré, sin comprenderlo.

— Lo digo porque ya estamos cerca de la entrada en agujas del « Pacific-and-Atlantic-Railway » — añadió con enigmática sonrisa — donde muy probablemente se producirá la catástrofe.

— ¡La catástrofe! — exclamé. — ¡Una catástrofe prevista!... Pero en ese caso lo que se hace con nosotros es una infamia sin nombre.

— He dicho « probablemente » — replicó él imperturbable.

Confieso francamente que el aplomo de aquel hombre me desconcertó.

— ¿Quieres decirme dónde nos has metido? — murmuró de Hanster en mi oído derecho.

Y de Erute, en el izquierdo:

— Ese hombre quiere divertirse á costa nuestra, ó bien tiene algún medio para salvarnos. Procura no romper con él.

Iba á tirar del llamador de alarma cuando el gentleman que vió el movimiento me miró con lástima, y su sonrisa se hizo aún más enigmática.

— Tire usted, qué demonio; — dijo al mismo tiempo que echaba mano de su voluminoso bagaje. — Aunque malo, es ese un medio que está al alcance de todo el mundo, y que no dejen de usar más de cuatro, aunque inútilmente, porque el honor de los Armstrong está en juego en esta partida.

Decía bien. En aquel instante oímos resonar en todos los compartimientos el timbre de alarma, y lo mismo debía ocurrir en el otro tren, á juzgar por ciertas señales que no dejamos de observar no obstante el pánico que nos invadía. Sin embargo, lejos de disminuir su velocidad espantable parecía como si las dos locomotoras adquiriesen marcha aún más acelerada.

— ¿Qué le parece á usted? — me preguntó irónicamente el gentleman, desabrochando con calma las correas que sujetaban sus paquetes.

La duda no era posible: aquel hombre debía saber algo y aun estar seguro de librarse del peligro que nos amenazaba.

La velocidad espantosa que llevaban los trenes nos prometía una muerte segura. Pero, por otra parte la tranquilidad del gentleman evidenciaba su certidumbre de salir indemne del mal paso. Por eso aunque su flemma habíame puesto nervioso hasta el punto de que de buena gana le hubiera dado de cachetes, hube de contenerme.

— ¿Y usted — le pregunté — está asegurado?

— No, señor; yo soy asegurador.

— Pero en fin, ¿está usted seguro de escapar con vida si la catástrofe se produce?

— Completamente seguro.

Como ven ustedes, el hombre no era muy locuaz. Continué mi interrogatorio.

— ¿Podría usted asegurar nuestras vidas?

— Sí.

— ¿Cómo?

— Quinientos dólares por cabeza. No hay minuto que perder.

— ¡No había minuto que perder! La duda no era posible. De Hanster sacó de su cartera la suma pedida.

— ¡Pronto, pronto, vístanse ustedes eso! — dijo vivamente el gentleman, dando á cada uno de nosotros un extraño traje, una especie de escafandra terrestre, que había sacado de sus maletas. — Es el *man-robe-coat* de Armstrong...

— Oiga usted, amigo mío: — interrumpió la gruesa señora Lampessadas sin inmutarse por las muestras de desagrado que la interrupción provocaba en torno suyo — nosotras no estamos muy fuertes en latín, ¿sabe usted?

Sonrió discretamente el conde.

— No es latín, — dijo — sino inglés, señora mía; y esas palabras significan, literalmente traducidas, « traje guarda cuerpo » ó lo que es igual, aunque más sencillo, traje salvavidas.

Continúo: La situación era bastante crítica para que nos permitiéramos el lujo de pedir explicaciones; así es que sin hablar una palabra endosamos el traje de caucho doble que se nos ofrecía, traje con el cual quedaba cubierto todo el cuerpo, y que se completaba con un casco unido al resto de la escafandra por tubos con tornillos de presión.

En el tren vecino, y en el compartimiento de frente al nuestro, los viajeros vestían asimismo trajes idénticos á los nuestros.

El flemático gentleman se creyó en el deber de explicarnos aquella coincidencia.

— La casa Armstrong hijos posee el mismo sistema que nosotros: el preservativo más maravilloso de los tiempos modernos contra la inmersión ó contra los agentes de un escualo, en el mar; y en tierra contra toda

catástrofe, hundimiento de casas, choque de trenes, etc., y aun contra el fuego, porque el caucho ese está recubierto de una capa de amianto... ¿Están ustedes listos?

Sí, lo estábamos, excepción hecha del casco que no sabíamos cómo ponernos. El gentleman me encasquetó el mío algo brutalmente por cierto, arrancándome casi las orejas y sin hacer caso alguno de mis protestas que no debían llegar por completo á sus oídos, por cuanto aquella montera, herméticamente cerrada, solo tenía un imperceptible orificio á la altura de las narices para prevenir la asfixia. Una doble placa de mica formaba como una mirilla delante de los ojos.

Momentos después y sin que de pronto me fuera dado percatarme de lo que ocurría sentí que mis brazos, piernas y el cuerpo todo se hinchaba hasta tal punto que cualquier movimiento se me hacía, si no imposible, por lo menos muy difícil. Hasta los pies acabaron por despegarse del suelo y rodé entre las banquetas, quedando allí sin movimiento, incapaz de comprender el porqué de aquel ataque de debilidad que me privaba de todo vigor y de toda iniciativa.

No tardé sin embargo en penetrar el secreto de aquella inercia, tan poco compatible con mi naturaleza nerviosa.

Habiendo terminado conmigo, el gentleman acababa de apoderarse del conde de Hauster; le puso el casco, cerró con cuidado los tornillos de los tubos y enmangando el extremo de una bomba de aire comprimido en un grifo fijado en medio de la espalda, en menos de un segundo transformó al buen de Hauster en un elefante.

Miraba yo todo aquello por mi ventanillo de mica, y no dejaba de admirarme lo ingenioso del mecanismo de la bomba de aire comprimido que en tan breve tiempo transformaba un hombre en un globo.

Cuando de Erute sufrió la misma suerte que habíamos sufrido ya de Hauster y yo, el compartimiento resultaba estrecho para contenernos á los tres.

El gentleman abrió entonces la portezuela.

A pesar de la espesura de nuestros cascos era posible oír el ruido formidable de los dos trenes lanzados como proyectiles.

— ¡Abajo! — gritó el gentleman con voz de trueno señalándonos la vía.

Hube de pensar entonces que aquel hombre nos había encerrado en aquellas odres para asesinarnos más á placer y que se complacía en burlarse de nuestra candidez antes de despacharnos.

— ¡Salte usted de una vez! — gritó de nuevo con más fuerza; pero sin conseguir que nos pusiéramos en movimiento.

Ahora que todo aquello ha pasado y que me es dado juzgar la conducta de aquel hombre con entera frialdad, he de convenir en que estuvo correcto, y dió pruebas de gran paciencia. Antes de usar de los medios violentos nos invitó por tercera vez, á que nos precipitáramos en el vacío...

La baronesa de Lampessada levantó de pronto su abanico, como para pedir al narrador permiso para interrumpirle. Hacía demasiado rato que callaba.

— ¿De modo que la cosa iba de veras?

— ¡Y tan de veras! — respondió el conde. En realidad, aquel salto no ofrecía para nosotros peligro alguno gracias al traje salvavivas. Lo peligroso entonces era permanecer en el tren.

Pero lo bueno del caso es que nuestra voluntad resultaba impotente, pues no podíamos casi movernos, y por otra parte el constructor de las portezuelas no había sin duda previsto nuestro rápido aumento de volumen.

En fin, repetida sin efecto la tercera intimación, no tuvo más remedio el gentleman que usar del único argumento convincente de que le era dado disponer, y de un puntapié violentamente aplicado me envió á rodar por el talud de la vía férrea no sin haberme gritado antes:

— ¡La válvula para deshinchar está en la cintura!

Tan inflado estaba el traje, que más que tal parecía una enorme pelota elástica; y como una pelota debí botar cinco ó seis veces, á la derecha, á la izquierda, sobre la cabeza, los pies, la espalda ó el vientre, sin hacerme el menor daño, pero diciendo pestes de mi envoltura elástica contra la cual no me era posible revolverse.

El talud por el cual había yo rodado no era precisa-

mente un lugar desierto á aquella hora; antes al contrario, una infinidad de globos humanos, vestidos como yo de caucho hinchado con aire, rodaban por la pendiente á la manera de un rebaño de carneros que huyen de un peligro precipitándose unos tras otros sin mirar siquiera á donde se dirigen.

Los bultos flotantes eran otros tantos viajeros del tren de la casa Armstrong hermanos.

No todos tuvieron tan buena suerte como la que me cupo á mí en la caída; algunas de aquellas odres habían estallado, con grave detrimento de los miembros de sus propietarios.

Acababa yo de hacer funcionar la válvula y de despojarme del casco para respirar libremente cuando un ruido espantoso, mezcla de miles de otros ruidos diferentes, tras el cual me fué dado oír algunos gritos de agonía, llegó á helar la sangre en mis venas.

La predicción del gentleman se había cumplido, á menos de quinientos metros del sitio en que yo me hallaba.

Había que oír aquel estrépito. Figúrense ustedes que llegados á la entrada en agujas del Atlantic and Pacific railway los dos trenes quisieron franquearla de frente. ¿Qué había de suceder? Que se devoraron materialmente el uno al otro sepultando bajo sus fragmentos á unos cuantos infelices que no pudieron adquirir por falta de medios un *man-rop-coat*...

Cuando el conde pronunció estas palabras, un gran murmullo de incredulidad se elevó del auditorio.

— ¡Es imposible! — exclamó la baronesa gorda. — Matar así la gente, sólo por el placer de matarla... Imposible ¿sabe usted?

— Déjemele que acabe; — dijo la vizcondesa de Aubinesco.

— ¿Para qué? — intervino Corpo-Santo riendo; — si ya me tachan de exageración, y aun no he llegado á la parte más inverosímil de mi relato, ¿qué será después?

— No, no, joven, nadie le trata á usted de exagerado — se apresuró á manifestar la obesa señora. — Lo que hay es que cuesta trabajo admitir la posibilidad de semejantes costumbres; ¿sabe usted?

— En fin, es de suponer que esa aventura ocasionó la ruina de las dos compañías rivales... — dijo la vizcondesa para poner término al incidente.

— De ningún modo: antes al contrario, les proporcionó considerables beneficios.

— No lo comprendo... Habría un proceso ruidoso, indemnizaciones...

— Nada de eso. No hubo causa porque los agentes de las compañías se arreglaron previamente con los viajeros quienes empeñaron su palabra de honor de no reclamar nada con tal de que salvaran el pellejo. Y como cada viajero hubo de pagar quinientos dólares como precio de su vida, y como cada tren contenía por término medio unos trescientos cincuenta viajeros, resulta que luego de indemnizadas las familias de las cuatro ó cinco víctimas y de reparados los perjuicios materiales, realizaron los Armstrong en esta catástrofe un beneficio líquido de un millón de francos.

Pero todo esto no entera á ustedes, señoras, del porque me separé de mis compañeros por todo el resto del viaje.

Sean pues que de Hanster y su primo de Erute fueron dos víctimas de la out-competencia; víctimas resignadas, puesto que se habían comprometido á no reclamar indemnización alguna, como los demás. Ambos se encontraban entre el número de los desgraciados cuyo traje salva-vidas no cumplió por completo su misión protectora, y al caer en el talud uno de ellos se fracturó la rótula y el otro salió con un omoplato averiado, por lo que ambos regresaron á Nueva-York para ponerse en cura, ofreciendo reunirse conmigo en cuanto les fuera posible.

Al llegar á este punto de su relato, hizo el conde de Corpo-Santo una pausa : y luego de mojar los labios en la taza de plata en que humeaba el grog que la vizcondesa acababa de servirles, con un tonillo singularmente escéptico, exclamó mientras miraba á hurtadillas al doctor A...

— Señoras, conste que no deseo abusar en lo más mínimo de vuestra complacencia, como tampoco acaparar en provecho mío vuestra atención, cuando puede haber alguien que esté en condiciones de ofreceros el relato de aventuras mucho más interesantes que las mías.

Pasaré pues por alto una serie de incidentes sin importancia de mi viaje solitario para llegar cuanto antes á la narración de las estupendas aventuras que debían marcar mi paso por la India.

Desembarqué en Bombay, ciudad como sabéis muy comercial, en la que pasé muy poco tiempo, tomando enseguida el camino de hierro que desciende hacia el sud, atraviesa el continente indio, toca en Madras, Pondichery y Carical, y no se detiene hasta Tuticorin, en donde termina la línea.

Mis dos amigos me habían prometido reunirse con-

migo en Carical; los esperé allí más de un mes, pero los esperé en vano. Cansado de tan larga espera y seguro de no verles, me decidí á viajar á lo largo de la costa de Carnatic, antigua provincia de Madras, tan desgraciada como su vecino el reino de Misore.

He de advertir que algunos días antes, y en un establecimiento público de la posesión francesa, hube de encontrarme con un interesante personaje cuya vida era un misterio.

— ¡Misterio tenemos! — exclamó gozosa la baronesa de Lampessadas abanicándose estrepitosamente. — Dígame usted, amigo mío, ¿no era por casualidad ese joven misterioso oriundo de Córcega?

El conde lanzó á la gruesa dama una mirada en la que había tanto de curiosidad como de cólera.

— No, señora, — respondió secamente; — decíase hijo del país.

— ¡Qué lástima! — dijo compungida la baronesa. — Los personajes interesantes no abundan, ¿sabe usted? A veces me hago ilusiones, ¿sabe usted?... ¡Hace ya tanto tiempo que busco!...

Sin preguntarse lo que podía significar aquel enigmático lenguaje, reanudó el conde su relato en estos términos :

— El personaje á que me refiero ganaba bastante bien su vida, pero su oficio no es de los que se ejercen á la plena luz del día. Cuando se enteró de mi intención de visitar la península de Pamban y el golfo de Manaar me ofreció sus servicios como guía y aun como compañero de viaje. Recuerdo que entre otras cosas me dijo :

— El señor conde se alegrará de llevar consigo un hombre conocedor del país.

Tenía razón. Empezar solo un viaje de esa naturaleza no es que digamos muy agradable ni muy seguro. Por eso no me disgustó la proposición de aquel hombre. En cambio me disgustaba su eterna sonrisa, bastante sarcástica. ¿Quién podría ser? Como no encontré por allí agencia alguna de informes en donde enterarme, le pregunté á él mismo qué referencias podía darme de su persona.

— Puede usted llamarme por uno de estos tres nom-

bres: Mad, Ben ó Ned; el que le plazca. Cuanto á referencias no puedo ofrecerle más que una, pero esa es de primera; yo soy quien condujo el año pasado al marqués William de Albany á la península...

— ¡Cómo! — grité — ¡Ese joven lord cuya desaparición hizo tanto ruido!...

El hombre replicó tranquilamente.

— El mismo. ¡Qué quiere usted! Los « Cristal Daggers » no se andan con bromas, y aquel joven tenía más curiosidad que talento; eso es lo que le perdió.

En labios de mi curioso personaje, la palabra « talento » adquiría cierta significación fantástica; parecióme comprender que para salvar el pellejo en aquellos países, del sud era necesario poseer en alto grado la esgrima del cuchillo.

— Bueno, pues quedamos de acuerdo: — le dije. — Viajaremos juntos, y me enseñará usted alguno de esos temibles « Cristal-Daggers » amigo Ned.

— De acuerdo, sí, milord; eso es hablar; — dijo el sonriendo.

Hicimos pues nuestros preparativos, y una mañana mientras el sol se levantaba radiante como si saliese de bañarse en el golfo de Bengala, emprendíamos la marcha, siendo nuestra primera etapa Negatapam, donde compramos caballos.

Cuando atravesábamos la vía férrea, mi compañero me dijo:

— El tren es cómodo si se quiere; pero vamos á visitar un país donde no sería posible lo de *todo para mí* si en él se introdujesen esos medios de comunicación rápida.

Sin duda alguna mi guía entre la naturaleza salvaje y los refinamientos debidos á la civilización prefería la primera, y hasta hube de sospechar que tal vez andaba en no muy buenas relaciones con las gentes de justicia.

Al atardecer del segundo día de marcha llegamos á la gran marisma de la punta Calimer, que nos era preciso rodear.

Repito, señores, que no quisiera molestar á ustedes contando al detalle nuestro viaje ecuestre, bastante monótono, alegrado solo de vez en cuando por las bromas de mi compañero cuyo buen humor parecía inagotable; salto pues algunas cosas sin interés para llegar á nuestra

primera aventura que no es aún aquella durante la cual hubimos de ser puestos en presencia de los pescadores de perlas, pero que os permitirá conocer cuál era el uso á que primitivamente estaba destinado el estilete que acaban ustedes de tener entre sus manos.

Durante quince días habíamos seguido la costa, cabalgando unas veces á la sombra de grandes árboles, otras sin abrigo alguno sufriendo los rigores de un sol de justicia, y tocábamos ya al término de nuestro viaje. Dejamos á nuestra espalda Neviatapam, y Ben, más alegre, más locuaz y cómico que de costumbre, me había suplicado aquella mañana que le llamase Mad, con el pretexto inadmisibles de que ese nombre era más corto.

Cabalgaba el hombre delante de mí por una especie de sendero montañoso, derribando con el fuste las hojas que llegaban á acariciarle el rostro, cuando de pronto detuvo con brusco movimiento su montura, se puso pálido, y con el índice extendido me señaló el sendero.

Inclinéme un poco para comprender.

— Hága usted lo que quiera — murmuró; — yo no doy un paso más allá... Estamos en la vecindad de una serpiente monstruosa.

— ¿Dónde está? — pregunté.

— ¡Estúpido! — replicó en el acto olvidando todo respeto. — ¿Pero no huele usted? ¿No nota usted esta peste?... Tan peligroso es para nosotros ahora el avanzar como el quedarnos aquí.

Tenía razón en lo de la peste; ya desde algunos momentos antes parecíame que el aire se hallaba impregnado de un enojoso olor de almizcle.

— Es el perfume favorito de las serpientes, — decía Ben bromeando sin perjuicio de temblar como un azogado. — Y que debe ser de las de talla para dejar en la hierba una huella como esa.

Un gran ruido, como de ramas rotas en la espesura, llegó hasta nosotros en aquel momento.

— ¡Los muflones! — dijo Ben armando su carabina y reanudando la marcha.

— ¿Qué son muflones?

— Carneros montaraces. Si la serpiente pretende darles caza, es cosa de compadecerla.

Mientras avanzábamos, hubo de modificarse la configuración del terreno. Encontramos de nuevo el mar, y vimos una cabaña de pescadores levantada en un calvero junto al arroyo desecado.

Apenas acabara de hablar Ben, un crujido formidable resonó á pocos pasos de donde nos hallábamos, en la espesura; era algo así como un indefinible ruido de huesos rotos.

— Ya cayó; — dijo mi compañero apoyando el dedo en el gatillo de la carabina; — ahora tratemos de que los mullones no nos estropeen la piel.

Y de nuevo cambió de color el rostro de Ben. Era que acaba de sonar un disparo en la espesura.

— ¡Suerte perra! — gritó; — ¿qué apostamos á que uno de esos miserables pescadores de perlas va á robarme la piel?

— ¿Pero qué piel es esa? — le pregunté.

— ¡Cuál ha de ser, la de la serpiente!

— Pero ¿está muerta?

— ¡Eso no se pregunta, hombre! — dijo Ben aún enojado. — ¿Cómo quiere usted que resista contra un rebaño, cuando uno solo de esos carneros salvajes se basta para aniquilarla.

Entonces me explicó que la serpiente, de cuyos anillos ni aun el mismo tigre puede librarse, no tiene enemigo más formidable que el mullón, robusto y astuto como pocos animales.

Cuando una serpiente se encuentra con un rebaño, destácase de él el macho más corpulento y se entrega al ofidio, cuyos incisivos no hacen presa en él á causa del vellón enorme que le protege.

— Mientras la serpiente lo rodea con sus anillos — me dijo Ben — el mullón se contrae, contiene la respiración, se hace lo más pequeño posible, y cuando se siente bien sujeto hincha de pronto el pecho y el vientre y como la serpiente no puede deshacerse ó desenroscarse con la prontitud necesaria, sus anillos se quiebran produciendo el ruido que acaba usted de oír.

— Pues si está ya muerta, ¿para qué arma usted la carabina? — interrogué de nuevo.

— Para alejar al rebaño, que estropearía la piel eje-

cutando una danza sobre el cuerpo de su enemigo vencido. ¡Ah, malditos! ahí los tiene usted; ya lo sabían ellos, y me han ganado por mano.

Al decir esto con tono de ira, Ben tendía el puño cerrado hacia el límite de la espesura en el que acababan de aparecer dos hombres uno de los cuales llevaba colgando en uno de sus brazos la piel de un ofidio de gran tamaño.

Dichos dos personajes se hallaban pobremente vestidos, y ¡cosa singular! sus trajes tenían cierta semejanza con el uniforme de nuestros marinos.

Venían hacia donde estábamos nosotros, por dirigirse sin duda hacia su cabaña, y cuanto más avanzaban más me parecía descubrir, bajo sus barbas enmarañadas, rasgos fisonómicos que no me eran del todo desconocidos.

De pronto, el que cargaba con la pintada piel de la serpiente que deseaba mi guía, quitóse el sombrero de paja y se precipitó á la cabeza de mi caballo gritando con entusiasmo:

— ¡Por fin! ¡Ya pareció Corpó-Santo!

— ¡De Hanster! — grité yo á mi vez.

Sí, señoras; bajo aquellos harapos, en los que había algo de marino y de hombre de las selvas, y en el centro de la península de Pambán, encontré á Clemente de Hanster y á Francisco de Erute, á quienes diera cita en Carical. Allí me uní en fin á los dos fieles amigos que salieran conmigo de Nueva-York y que á ella hubieron de volver, víctimas de la out-competencia de los Armstrong, así como de la pésima calidad de sus trajes salvadas.

Con grande escándalo de Ben, que no comprendía una palabra de todo aquello, eché pie á tierra para estrechar efusivamente las manos de mis amigos. ¿Cómo había yo de olvidar que gracias á su dinero realizaba aquel viaje? De ningún modo. Juntos los tres nos dirigimos á la cabaña, y allí me contaron las tristes aventuras con que la mala suerte se complaciera en gratificarles desde el momento de nuestra separación.

Habían dejado el continente americano quince días después que yo, y repuestos apenas de sus descalabra-

duñas navegaban tranquilamente hacia Lisboa cuando en el Gulf-stream, el buque, de nacionalidad portuguesa, abordó un témpano de hielo, y á no pasar á la vista el *Orenoque* de las Messagerías marítimas, que los tomó á su bordo, allí hubieran concluido su viaje y sus vidas.

No tuvieron más remedio que atravesar la Francia desde Burdeos á Marsella y en este último punto se embarcaron á bordo de un buque de la Compañía Freissinet con rumbo á la Indo-China. La travesía fué buena, pero la fatalidad esperaba á mis amigos al final de su viaje.

Acababan en efecto de doblar el cabo Comorin, cuando la explosión de una de las calderas comunicó el fuego al buque.

El pobre de Erute me decía, contándome estas peripecias :

— No le deseo á usted tantas contrariedades y miserias como hemos tenido que soportar. En este segundo naufragio lo perdimos todo, sin que nos fuera dado salvar un solo dólar de nuestra provisión metálica. Los botes en que nos refugiamos vararon en la costa cerca de Vaimbor. Ocho días más tarde estábamos en Diavatapam, desde donde enviamos un telegrama al administrador de de Hauster; y como nuestro estado de miseria no nos permitía trasladarnos al sitio donde usted nos había dado cita, nos refugiamos en esa cabaña que ve usted ahí, pensando, y con razón, que no dejaría usted de pasar por aquí para dirigirse á Manaar.

— ¿Hace mucho tiempo que enviaron ustedes el telegrama al administrador? — pregunté.

— Un mes.

— Es extraño que no les haya contestado aún, — les dije. Y quedó convenido que regresaríamos á la ciudad para equipar á mis amigos antes de aventurarnos más lejos.

El guía Ben no se mostraba muy satisfecho de nuestro encuentro. Aquella misma noche me llamó á un lado para decirme con cierto tonillo desdeñoso :

— Puesto que sus amigos son indigentes, no tengo ningún interés en seguir en su compañía. Los harapos de que están cubiertos llamarán con seguridad la atención de los gentileshombres del estilete que les jugarán

una mala partida, porque no pueden ver á los *in scale brothers* (hermanos de la concha). Además esa piel de serpiente excitará su codicia...

— Como excita la de usted, amigo Ben, — le dije riendo.

— Milord es muy bromista, — replicó él despechado al verse descubierto. — También bromeaba el joven lord de Albany antes de encontrarse con los Cristal-Daggers...

Aquellas palabras envolvían una especie de advertencia que bien podía ser una amenaza. Y como me pareciese que Ben era muy capaz de hacer causa común con los bandidos para atacarnos, si le dejaba marchar, preferí conservarle á mi lado aun á costa de algún sacrificio.

— Si le gusta á usted la piel del ofidio, — le dije — mi compañero tendrá mucho gusto en regalársela, amigo Ben.

— Mad, milord, Mad, es más corto; — respondió él con alegría mal disimulada. — No es precisamente que me guste esa piel, es que me sabría mal ver atacados á los señores á causa de ese despojo que por otra parte no conviene abandonar por aquí.

Al llegar á este punto, la baronesa Lampessadas de Palamonville interrumpió al narrador.

— Oiga usted, amigo mío; ese demonio de Ben me resulta un personaje muy divertido ¿sabe usted?

— Tal vez resulta divertido retratado por el conde, — dijo otra dama. — La verdad es que como narrador, no tiene precio.

— Por eso le escuchamos con tal atención que todos hemos dejado enfriar el grog, — añadió la vizcondesa de Aubinesco.

— ¡No importa, no importa! — exclamaron varias voces.

La señora que poco antes hablara de su collar, intervino de nuevo.

— Á todo esto, — dijo — aun no hemos visto aparecer las perlas.

— Ya llegaremos, señoras, ya llegaremos, — contestó el conde deteniendo un momento la mirada en el grupo que formaban su prometida y Amy de Kerbiroet. — Permitanme ustedes que omita algunos hechos sin impor-

tancia, para llevarlas cuanto antes á presenciar la orgia continuada en que se vive en el país de las perlas. Más trágica que ella fué sin duda la fiebre de oro que precipitó unos contra otros á los hombres de todos los continentes en los Eldorados de Australia y de California, pero la intensidad de la misma abrevió como es natural su fuerza. En cambio el drama de las concupiscencias dura desde hace siglos en el golfo pérsico y sobre todo en la bahía de Manaar. La perla, que como el oro tiene gran valor, debía suscitar todos los bajos estímulos, desencadenar las más rastreras pasiones; de ahí que el vicio, el robo y el asesinato se instalaran, como en terreno abonado para su desarrollo, en las costas de Ceilan, al lado mismo de los patronos de pesquerías y de los negros buceadores de Malabar.

Hecha esta pequeña digresión, vuelvo á mi historia.

Ben, reconciliado con mis amigos, consintió en seguir prestándonos su preciosa ayuda.

Desembarcamos en la isla, entre Mantote y Palverayen, y seguíamos la costa de la brecha de Adam (1) poblada de cabañas donde viven los negros malabares buceadores cuando oímos grandes gritos á poca distancia de nosotros.

— ¡Cualquiera pensaría que por ahí asesinan á alguien! — dije á mis compañeros.

— Mucha prudencia, — replicó Ben deteniéndome. — Esta es la hora en que los malabares están en el trabajo... Sospecho que los gentileshombres del estilete, quenó lo ignoran, andan de caza por este lado.

— ¿Y qué pueden hacer en este miserable campamento?

— ¿Miserable campamento, eh? — exclamó el guía con aire de superioridad. — Qué más querría usted que poseer el contenido de los millares de conchas que encierra cada una de esas cabañas. En fin, después de todo, también puede ser que los Cristal-Daggers se dediquen hoy á otra clase de caza. Ellos no desperdician nada, y se proveen de mujeres allí donde las encuentran.

(1) Llamada así porque según una tradición oriental fué la Isla de Ceilan el sitio donde estuvo emplazado el Paraíso Terrenal.

A todo esto los gritos se dejaban oír de nuevo, por lo cual nos lanzamos en la dirección de donde partían, y luego de recorrer como unos seiscientos pasos, desembarcamos en la playa de una ensenada donde al parecer se celebraba una reunión bastante numerosa de hombres. En el centro del círculo que formaban, aparecían, agarrados, otro hombre y dos mujeres. La cara de aquel apenas podía distinguirse por hallarse casi cubierta de trapos sanguinolentos.

Ben, oculto tras una choza, contemplaba el cuadro con los ojos demesuradamente abiertos.

— ¡El *shaif!* — dijo con estupor. — ¡El jefe de los hermanos de la concha, prisionero de los estiletos!... Bien puede darse por disuelta la asociación de los buceadores... Esos infelices ya no sabrán defenderse...

Me acerqué á él y le pregunté :

— Ese hombre herido ¿ estaba enfermo ?

— Con seguridad, milord; de no ser así los Cristal-Daggers no le habrían apresado vivo. Ahí donde lo ve usted es un león, el peor de sus enemigos. Enfermo de la fiebre, ha debido recomendar á los malabares que no abandonen por él el trabajo, y por eso sin duda se hallaba solo con esas dos mujeres que se habrán quedado para cuidarlo... ¡ Buena hazaña! Fíjese usted en que son más de tres docenas los que se han reunido para capturar á un calenturiento, y aun así no se han atrevido á acercarse á él hasta después de descargarle uno ó dos tiros en la cabeza...

En efecto, aquellos hombres, que podían ser unos cuarenta, tenían las caras más horribles que me ha sido dado ver en la vida; la mayor parte de ellos estaban vestidos de harapos, pero ni uno solo dejaba de poseer su carabina y muchos ostentaban en torno á su cuello y cintura, triples collares y cinturones de perlas.

— Ese es el botín recogido por ellos en su última batida, — me dijo Ben. — Si está usted bien con su pellejo, déjeles que hagan lo que les venga en gana. Con seguridad van ahora á disputarse las mujeres, después de haberse repartido las perlas.

— ¿ Cómo, sorteándolas ?

— No : en un duelo al *Requiem*.

Hubiera querido hacerme explicar tal frase, para mí incomprendible, pero no me dieron tiempo. El que parecía jefe de la banda dió sus órdenes :

— El primero que ha pedido es Galaor : Werther se la disputará. Luego irán Braeman y Toby. Andando ; el escualo está ya cebado.

Dos hombres se destacaron del grupo, desnudándose enseguida rápidamente.

— ¡ Haced vuestro testamento ! — dijo el jefe.

Completamente desnudos, los dos rivales conservaron tan solo en la mano un cuchillo, cuya hoja de cristal atravesaban los rayos solares.

— Si muero, — dijo uno de ellos arrojando collares y carabina sobre el montón que formaban los harapos de que se despojara, — yo, Galaor, lego todo mi bien al capitán.

— Yo soy más galante, — afirmó el otro : — En caso de muerte dejo esto para la hermosa por cuya posesión voy á batirme, aun cuando deba ella pertenecer al matador de Werther.

Aun no me era posible adivinar lo que iba á suceder ; pero no se me ocurrió siquiera la idea de burlarme de aquella gente cuyo énfasis grotesco me hubiera hecho sonreír en cualquiera otra circunstancia.

— ¡ Andando ! — repitió el capitán. — Se hará como lo habéis dispuesto.

Juntos entraron en el agua de la ensenada Galaor y Werther alejándose enseguida de la orilla. Sólo entonces pude distinguir, á bastante distancia, una especie de boya en torno á la cual evolucionaba un escualo enorme.

— ¿ Van á combatir con el tiburón ? — pregunté á Ben.

— Sí, — me contestó ; — es su manera de batirse. Esos hombres detestan los tiburones tanto ó más que los pescadores de perlas porque cada buceador devorado por un escualo significa una gran pérdida para los que se prometían despojarle del fruto de su pesca. La boya que ve usted allí ha sido cargada de carne para atraer al glotón, al cual procurarán herir esos dos hombres uno por la derecha y otro por la izquierda, con la hoja de cristal envenenada. Si el monstruo muere, los dos

hombres se batirán después entre ellos por la posesión de la mujer, pues uno solo debe regresar á la orilla. Pero si el tiburón se defiende... Ah, mire usted, mire usted, ya hay un hombre cortado en dos... y el otro flota como muerto... ¡ No importa ! Braeman y Toby irán á remplazarlos.

En efecto : el tiburón parecía haber dejado fuera de combate á sus dos adversarios.

Braeman y Toby, previo testamento verbal, como sus antecesores, nadaron hacia el escualo que orgulloso de su primera victoria se acercaba á la orilla como si pretendiese desafiar nuevos campeones.

Desde el sitio en que nos hallábamos, ocultos á las miradas de los bandidos por una choza de buceador, veíamos perfectamente al tiburón como á unos cien metros de distancia ; volvióse de pronto, y deshizo de un golpe al desdichado que no tuvo tiempo para huir la acometida.

Creo inútil decir á ustedes que este espectáculo me resultaba horrible y salvaje. Si hubiese estado solo, habríame apresurado á acudir en socorro del infeliz superviviente á quien sus compañeros parecían abandonar ; pero aquel demonio de Ben se agarraba á mí con gran fuerza, para inmovilizarme, y por otra parte mis dos amigos parecían muy poco dispuestos á trabar conocimiento con los puñales de cristal. Fué una lástima. Un momento después el escualo partía en dos á su cuarto y último adversario.

— ¡ En marcha ! — ordenó el imperturbable capitán recogiendo el legado de Galaor. — No es cosa de que nos eternicemos aquí. Esta noche nos disputaremos esas mujeres á otro juego.

Púsose en marcha la tropa en dirección contraria á aquella en que nos hallábamos, y como es natural arrastraron en pos de ellos á las dos mujeres y al shaif, cuyos gemidos comenzaron nuevamente.

— ¿ Y vamos á dejar sin socorro á ese herido y á las dos infelices mujeres ? — pregunté yo indignado.

— Me parece lo más prudente, por el momento al menos, — replicó Ben. — Lo contrario sería exponernos á que nos maten, sin provecho alguno para los cautivos.

— Pero si esperamos á que ya estén lejos...

— No se perderá nada, créame usted; para darles alcance podemos disponer de venticuatro horas, y durante ese tiempo nada tienen que temer los presos porque antes de ocuparse de ellos se disputarán las perlas.

— Otra cosa. Podemos perseguirlos con los habitantes del campamento cuando regresen del trabajo.

— ¡ Ah! — exclamó Ben. — ¡ Cómo se conoce que no sabe usted lo que es esta gente! ¿ Qué cree usted que harán los malabares de Adam en cuanto lleguen y se enteren de lo ocurrido? Pues llorar un poco y acostarse sin pensar ni en vengarse ni en reanudar el trabajo. Todo el valor de esa gente se ha ido con el shaif, quien debía estar bien malo, para dejarse prender.

— ¿ De modo que no hay nada que hacer?...

— Sí; hágase usted Cristal-Dagger, milord.

— ¿ Cómo?

— Para aullar es preciso hacerse lobo... Verá usted, dentro de un momento la marea arrojará á la playa los cuerpos de esos infelices no devorados por el tiburón... Mucho ha de ser que en alguna mano crispada no encontremos un puñal de cristal...

— Y si lo encontramos...

— Según la ley por la que se rige esa gente todo hombre poseedor de un estilete de ese género es gentil-hombre miembro de derecho de su asociación; de modo que usted, en posesión de uno de esos cuchillos, puede reclamar su parte en el botín, es decir, el duelo real y terrible contra quien quiera disputarle los prisioneros por quienes se interesa usted tanto.

IV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
DUELO AL « REQUIEM *Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO*

Habiéndose detenido un momento el conde, la vizcondesa experimentó la necesidad de manifestar su opinión.

— ¡ Qué costumbres tan extraordinarias las de esa gente! — exclamó.

Y contagiadas por el ejemplo, todas las señoras, que ya llevaban demasiado tiempo en silencio, quisieron mover un poco sus lenguas respectivas.

— ¡ Tratar de ese modo á las mujeres! — dijo una.

— Traficar con ellas, quería usted decir.

— Lo extraño es eso de matarse ofreciéndose á un tiburón... ¡ Qué barbaridad!

— Parece así como si dudaran ustedes de que tales cosas puedan suceder, — intercaló la opulenta, en carnes, baronesa de Lampessadas. — Pues mi segundo esposo Domingo y Souza me contaba sus viajes en Polinesia; y cuando le parecía que yo dudaba de la veracidad de su relato, no dejaba de recomendarme que fuera personalmente á comprobar la exactitud de sus palabras... Claro que nunca fui, ¿ sabe usted?

Esta salida de la baronesa hizo más daño al conde que las exclamaciones dubitativas de su auditorio. Sin embargo, con su habitual aplomo se apresuró á declarar:

— Señoras, ahora no hablo de mis impresiones de